

Victorias y padecimientos de la fe

(cuarta parte)

(Heb. 11:32-38)

Introducción:

En todo el capítulo 11 de la carta a los Hebreos el Espíritu Santo nos está mostrando las virtudes de la fe perseverante. Las virtudes de esa fe que abraza por completo la Palabra de Dios y se aferra a él de manera que puede conquistar reinos, hacer justicia, alcanzar promesas, tapar bocas de leones, ver el poder milagroso de Dios obrando resurrecciones y curaciones; pero que siendo una confianza depositada en la voluntad soberana de Dios, también es capaz de recibir con gozo y esperanza los tormentos, vituperios y azotes por la causa de Cristo.

Hemos aprendido que la fe puede ser definida como la plena confianza que tiene el creyente en lo que Dios dice, sin condicionamientos de ninguna clase. Es una confianza basada estrictamente en lo que Dios dijo y nada más.

Ahora, toda persona en este mundo se encuentra en una de las siguientes categorías: o es una persona de fe, y por lo tanto cree en lo que Dios dice, de manera que apuesta toda su vida para confiar en él y obedecer sus mandamientos; o es un incrédulo que apuesta toda su vida para seguir sus propias actitudes, su propio intelecto y su propio entendimiento.

En los ejemplos que el autor de Hebreos ha mencionado hemos aprendido que la verdadera fe no necesita hacer preguntas, ella simplemente cree en lo que Dios ha dicho, porque es Dios quien lo dijo, y cree sin necesidad de que él nos dé minuciosas explicaciones.

Cuando se buscan señales o información detallada para poder creer, entonces, es muy posible que allí no esté obrando la fe sino la duda, la incredulidad. La fe se aferra totalmente a lo que Dios ha revelado y se opone al sistema mundano. La lógica de la fe es contraria a la lógica del mundo. Ella actúa no con base en sentimientos o en lo que puede ver, sino que obra impulsada por la Palabra de Dios, así no haya evidencias de nada.

Los creyentes, a los cuales escribe el autor la epístola a los Hebreos, eran judíos convertidos al cristianismo. Para ellos, lo natural y lo lógico era continuar practicando la religión judía; y lo contrario a la razón humana era identificarse con Cristo. Para ellos, creer

en la Palabra de Dios y confesar que Jesucristo era el Señor, significaba perder a sus familias, sus empleos, sus casas, su comodidad, su libertad, y en algunos casos, hasta su propia vida. Esto parecía ilógico, pues, a cambio, ¿qué estaban recibiendo?, o ¿qué estaban viendo? No podían ver al Cristo resucitado, no estaban viendo la vida eterna, no podían ver las glorias celestiales. Lo obvio para la carne era abandonar a Cristo y regresar al judaísmo, pero si hacían eso estaban demostrando poseer un corazón apóstata, contrario a la fe que habían manifestado sus predecesores del antiguo testamento, los cuales creyeron en la Palabra de Dios, así ésta pareciera opuesta a toda razón o no se pudieran ver evidencias de lo prometido.

El cristianismo consiste principalmente, en creer. Creer en el evangelio, así no haya evidencias visibles de sus promesas.

Abel creyó en el evangelio cuando obedeció a Dios y le trajo un sacrificio, sin preguntar nada. Enoc caminó con Dios, en fe, sin tener todas las explicaciones, Noé construyó un arca sin tener que hacer preguntas o recibir todas las explicaciones de parte de Dios. La verdadera fe cree en Cristo y en su evangelio, así no pueda ver evidencias externas de las promesas que él contiene.

Ahora, la fe verdadera no es un paso en la oscuridad. Ella no se basa en lo que nos parece mejor o más correcto, en lo que deseamos o anhelamos. No, la fe espiritual se fundamenta en una correcta teología. Los héroes de la fe creyeron en la Palabra de Dios y la obedecieron sin preguntar, porque ellos conocían a Dios. Ellos tenían la doctrina correcta de Dios. Ellos creían sin titubear en las promesas porque éstas provenían del Dios Soberano. Como dice John MacArthur: “La vida de fe se basa en la teología. Puede ser difícil hacer lo que Dios dice. Puede ser extraño. Puede causar cierto sufrimiento. Puede significar la separación del mundo, e incluso, de los seres queridos. Puede costar todas las ambiciones y los sueños de su vida. Incluso el obedecer a Dios puede costarle la vida, porque la fe se basa en lo que Dios dice”¹.

¹ MaCarthur, John. The pinnacle of Faith. Extraído de: <http://www.gty.org/Resources/sermons/1634>
Diciembre 21 de 2011

La fe de los creyentes será fuerte o débil dependiendo de lo que ellos creen de Dios. Si creen en un dios pequeño, entonces su fe será pequeña, y los obstáculos muy grandes. Pero si creen en el Dios grande que las Sagradas Escrituras nos presentan, entonces su fe será robusta y no tendrán dificultades para creer que Dios hará lo que él se ha propuesto hacer; y tampoco tendrán muchas dificultades en obedecer al Evangelio.

La clave para una fe robusta, que es capaz de hacer todo lo que Dios mande hacer, se encuentra en la experiencia de Moisés, el cual pudo hacer lo que hizo porque “*se sostuvo como viendo al invisible*” (Heb. 11:27). Si tenemos una correcta teología, si conocemos los atributos de Dios y su poder, entonces nuestra fe no tendrá barreras y seremos más que vencedores.

Cuanto más grande sea tu Dios, más podrás confiar en él. Los grandes héroes de la fe tuvieron un elevado conocimiento de Dios y por eso la fe les condujo a hacer proezas para el reino de Dios. Ellos vieron a Dios como el Soberano del universo, el que ama a sus hijos, el que guarda su pacto y es fiel a sus promesas.

Es por esa razón que los héroes de la fe “*apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros*” (Heb. 11:34).

“*que por fe... apagaron fuegos impetuosos*”. La fe es el instrumento que Dios utiliza a través de nosotros para adelantar su reino en el mundo y para conquistar los logros que él quiera alcanzar para Su gloria a través de los creyentes. Como dice Matthew Henry: “La fe activa el poder de Dios para su pueblo, siempre que sea para Su gloria, para hacer frente a la furia de los hombres y de las bestias”².

Por medio de esta fe, los creyentes fueron librados del fuego de la ira de Dios, del fuego de la ira de los hombres y del fuego de la ira satánica.

Moisés, por la fe, confió en la misericordia divina y creyó que Dios libraría al pueblo del fuego de su ira, si clamaba a él en plena confianza: “*Aconteció que el pueblo se quejó a oídos de Jehová; y lo oyó Jehová, y ardió su ira, y se encendió en ellos fuego de Jehová, y*

² Henry, Matthew. Hebrews 11. Extraído de: <http://www.biblestudytools.com/commentaries/matthew-henry-complete/hebrews/11.html?p=15>

consumió uno de los extremos del campamento. Entonces el pueblo clamó a Moisés, y Moisés oró a Jehová, y el fuego se extinguió” (Núm. 11:1-2). Los creyentes somos librados del fuego de la ira de Dios a través de la fe perseverante en Jesucristo: *“Y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera”* (1 Tes. 1:10).

Pero los grandes campeones de la fe, en lo relacionado con apagar fuegos, fueron los tres muchachos israelitas: Sadrac, Mesac y Abed-nego; los cuales, junto con Daniel, a pesar de su edad juvenil, aprendieron a vivir para el Dios de los cielos, y en vez de participar de los manjares deleitosos del palacio babilónico, prefirieron vivir en austeridad, lejos de las prácticas mundanales de los caldeos. El resultado de su vida de fe y entrega al Señor fue que recibieron una sabiduría especial y Dios los puso en eminencia en un reino extranjero: *“Y el rey habló con ellos, y no fueron hallados entre todos ellos otros como Daniel, Ananías, Misael y Azarías; así, pues, estuvieron delante del rey. En todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey les consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino”* (Dan. 1:19-20).

La fe de estos jóvenes perseveró, no sólo en los momentos de gloria, sino en los tiempos cuando el fuego de la prueba se cernía sobre ellos a causa de su fe en Dios. Ellos no querían desarrollar la fe para obtener logros y satisfacciones personales, sino que por encima de todo, ellos anhelaban vivir para la gloria de Dios, y su fe se ejercitó para hacer aquellas cosas que servirían para el avance del reino de Cristo en sus vidas y en su pueblo.

El libro de Daniel nos cuenta que *“El rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro cuya altura era de sesenta codos, y su anchura de seis codos; la levantó en el campo de Dura, en la provincia de Babilonia”* (Dan. 3:1). El rey ordenó que todos los habitantes de su provincia, en especial los gobernantes y funcionarios públicos, se inclinaran y adoraran la gran estatua, cuando escucharan el son de la música. El castigo para los que no se inclinaran ante la estatua del rey sería la tortuosa muerte por calcinación a través de un horno de fuego ardiente.

A pesar del horrible castigo advertido, los adolescentes Sadrac, Mesac y Abednego, se mantuvieron firmes en la fe del Dios de Israel, y prefirieron obedecer la Palabra de Dios, antes que las glorias de Babilonia.

Los enemigos del reino de Dios acusaron a estos muchachos ante el rey diciendo: *“estos varones, oh rey, no te han respetado; no adoran tus dioses, ni adoran la estatua de oro que has levantado”* (Dan. 3:12). Inmediatamente el vanidoso rey se encendió en ira y ordenó que los muchachos se inclinaran ante su estatua so pena de ser condenados en el fuego del horno ardiente; pero estos jovencitos, en vez de ser rebeldes a Dios, como suelen ser algunos adolescentes díscolos de corazón; ejercieron su poderosa fe y armados de valor respondieron al altivo rey con loable resolución: *“No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos libraré. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado”* (v. 16-18). Esta contundente y nada dubitativa respuesta, encendió al máximo la cólera del malvado rey, de manera que ordenó calentar el horno *“siete veces más de lo acostumbrado”* (v. 19).

Los adolescentes creyentes estaban metidos en un problema serio. Ellos se encontraban en una encrucijada: o le eran fieles a Dios, o morirían de terrible y dolorosa muerte.

Una cosa es leer la historia de estos muchachos, y otra, enfrentarnos directamente con el fuego ardiente. Sólo con imaginar la escena, y tratar de personificar esta historia, nuestra piel se pone de gallina, ante una temperatura muy elevada producida por un fuego abrazador.

Pero a pesar de que los jóvenes creyentes no tenían toda la información, y ni si quiera habían recibido una revelación especial que les asegurara que serían librados del fuego, ellos confiaron en Dios y se entregaron a su voluntad, prefiriendo morir antes que desobedecer sus santos mandamientos. *“Si hubieran recibido alguna revelación especial de que sus vidas iban a ser preservadas, habrían necesitado una fe considerable para actuar conforme a ella al enfrentarse con el llameante y ardiente horno; pero comportarse como lo hicieron, sin revelación de esa clase requería una fe mucho más grande”*³.

³ Bruce, F. F. La Epístola a los Hebreos. Página 338

Es posible que los dardos de fuego del maligno hayan sido lanzados con gran ímpetu sobre las mentes de estos jovencitos, tratando de hacerles ver la aparente necesidad de sus corazones al abandonar las glorias de Babilonia y cambiarlas por una insólita y hórrida muerte. Pero ellos habían decidido confiar toda su suerte en el Dios del cielo, y si les costaba la vida, entonces estaban dispuestos a darla por completo al Señor, pues, para ser un discípulo es necesario estar dispuestos a negarnos a nosotros mismos.

La prueba fue dura, a tal punto que los verdugos murieron calcinados por las intensas llamas que salían airosas del infernal horno; pero, a través de esa fe que se entrega por completo a la Soberana Voluntad, el horno se convirtió en un primaveral lugar, pues, la presencia del Hijo de Dios pre-encarnado estaba allí, y cuando estamos con Cristo, hasta el lugar más horrendo del mundo se convierte en un ambrosíaco paraíso. *“Entonces el rey Nabucodonosor se espantó y se levantó apresuradamente y dijo a los de su consejo: ¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego? Ellos respondieron al rey: Es verdad, oh rey. Y él dijo. He aquí yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses”* (Dan. 3:24-25).

El Hijo de Dios, la segunda persona de la Divinidad, vino al encuentro de aquellos que estuvieron dispuestos a dar sus vidas por su reino, y recompensó tal entrega, haciendo inofensivas a las llamas del caluroso horno y haciendo que Su nombre brillara en medio del palacio babilónico: *“Entonces Nabucodonosor se acercó a la puerta del horno de fuego ardiendo, y dijo: siervos del Dios Altísimo, salid y venid. Y se juntaron los sátrapas, los gobernadores, los capitanes y los consejeros del rey, para mirar a estos varones, cómo el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos, ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas estaban intactas, y ni siquiera olor de fuego tenían”* (Dan. 3:26-27).

La fe de estos valientes adolescentes no sólo los libró de las llamas del horno, sino que alcanzó lo que ellos más amaban, que el nombre de Dios fuera exaltado: *“Entonces Nabucodonosor dijo: Bendito sea el Dios de ellos, de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que*

envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él, y que no cumplieron el edicto del rey, y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a otro dios que su Dios” (v. 28).

Pero los creyentes no sólo seremos librados del fuego de la ira de Dios, y de la ira de los hombres, sino que también esquivaremos los ataques de Satanás, quien lanza dardos de fuego en contra de nosotros.

Satanás nos acosa con un fuego de pruebas y persecuciones, usando a la gente y el sistema mundano, aunque todo esto, permitido por la Soberana Voluntad del Señor: *“Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría. Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros..., pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello. De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel creador, y hagan el bien” (1 Ped. 4:12-14, 16, 19).*

Pero los ataques de fuego que provienen del maligno no serán evitados sino sólo a través de la fe, ya que ella actúa como un escudo capaz de apagar las llamas lanzadas por el maligno: *“Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno” (Ef. 6:16).*

La fe en Cristo, el poderoso Hijo de Dios, nos llevará a conocer y creer Su palabra; por lo tanto, cuando Satanás nos ataca, estaremos protegidos por la confianza total en las promesas inmutables del Evangelio y saldremos victoriosos sobre el mal, dando gloria a Dios.

Las pruebas y tentaciones que vienen sobre nosotros los creyentes son consideradas en la Biblia como un ardiente fuego que amenaza con destruirnos, pero que son usadas por Dios para probar y aprobar nuestra fe: *“aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque precedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo” (1 Ped. 1:6-7)*

Aplicaciones:

- Los creyentes, en determinados momentos de la vida, se encontrarán en la misma situación de adversidad que se nos presenta en estos versículos. La vida cristiana puede estar invadida de diversas tentaciones y sufrimientos, pero, como dice Juan Crisóstomo, “Para esto es la fe; cuando las cosas están resultando negativas, debemos creer que nada adverso se hace (en contra de nosotros), pero todas las cosas en su debido orden”⁴. Los creyentes, tanto jóvenes como maduros, en muchas oportunidades, seremos confrontados por los poderes mundanos para que claudiquemos de la vida cristiana y nos identifiquemos con la filosofía mundanal. Pero debemos saber que la fe sobrenatural que hemos recibido como don del cielo, no nos fallará en esos momentos de turbación; sino que se robustecerá y enfrentará la horda de enemigos del Reino. Pues, cualquiera que sea nuestra porción, de victoria o sufrimiento, vida o muerte, tenemos la seguridad de que Jesús, nuestro buen pastor y Salvador, nos acompañará, estará en medio de nosotros y cambiará el desierto por manantiales de aguas. Por lo tanto, no desmayemos. Sigamos adelante con nuestra valiente fe, sigamos a Cristo, obedezcamos sus mandamientos, no amemos al mundo, resistamos a Satanás, neguémonos a amar la vida mundana; y en medio de la fiera batalla, recibiremos la victoria que glorificará a Dios, que hará brillar el Evangelio y promoverá la extensión de su Reino glorioso. Recordemos que la verdadera fe es eficaz para descansar en el poder de Dios frente al peligro, frente a lo que parece ser una muerte segura.

- El ejemplo de los tres muchachos hebreos nos enseña que los verdaderos creyentes están resueltos a cumplir con su deber cristiano, sin importar la situación en la que nos encontremos. La fe perseverante nos lleva a disponernos para el servicio y la honra del Dios soberano, con la completa persuasión de que Dios es poderoso para hacer lo que él quiere para Su propia gloria. Daniel y sus compañeros confiaron en Dios en tiempos de paz y

⁴ Crisóstomo, Juan. Homily 27 on Hebrews. Extraído de: <http://www.newadvent.org/fathers/240227.htm>
Enero 12 de 2012

prosperidad, así como en los momentos de peligro y adversidad. “Si vivimos por la fe, no va a ser difícil morir por la fe”⁵.

- ¿Estás pasando por grandes tribulaciones y sientes que el fuego de la prueba está a punto de carbonizarte? No olvides que aún dentro del horno ardiente podrás disfrutar de la presencia gloriosa de tu Salvador, él te ha dicho: “*No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti. Porque yo Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel, soy tu Salvador*” (Is. 43:1-3). No olvides que el fuego del sufrimiento, para los hijos de Dios, no es más que una bendición enmascarada, pues, el fuego del horno ardiente “sólo consiguió quemar las ataduras de los tres jóvenes hebreos y liberarlos”⁶.

⁵ Pink, Arthur. Extraído de: http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_077.htm En: enero 15 de 2012

⁶ MacDonald, William. Comentario Bíblico. Página 1008